

AGNES

(Pensativa.)

Diga usted más bien que soy la nueva hija de Jefté, que se sacrifica por el bienestar de lo que ama; pero lejos de ir como la otra á llorar por treinta días mi desgracia en los montes, cierro los ojos y desde luego me pongo en manos de los verdugos. En cuanto á usted, he encontrado la manera de que me ayude en este asunto. Ese chico á quien llaman Brambila, ese desatentado y furibundo Olivos, toda esa gentuza brutal y desapoderada, bebe los vientos por usted y trata de granjearse sus buenas gracias; hay que utilizarlos, hay que servirse de ellos so pena de perder todo lo ganado y de no ganar nada de lo perdido.

JOSEFINA

Trabajaremos, trabajaremos juntas y el tiempo decidirá.

ESCENA TERCERA

Sala del hospital en que se encuentra el preso Lapierre. JOSEFINA, EUGENIA, MIGUEL, LAPIERRE. Entran los tres primeros hablando en voz alta y gesticulando tan desordenadamente que llaman la atención aun de los enfermos que yacen en sus camas mirando las cosas del mundo *sub specie aeternitatis*. Lapierre, que es un pedazo de carne fétida y asquerosa que se debate entre los últimos dolores que han de

llevarle de esta vida mortal, no llega á abrir los ojos á pesar del ruido que forman los recién llegados, ni se da cuenta de nada de lo que acontece hasta que Josefina suplica al enfermero que llame la atención del infeliz.

JOSEFINA

Aquí es; aunque no conociera el lugar, me le denunciaría este horrible olor de podredumbre que se mete hasta lo más recóndito del olfato. ¡Qué horror tan tremendo ha de ser el sentir deshacerse la vida, acabarse el cuerpo, menguarse la persona sin poder apresurar ni impedir esa tremenda disgregación! Afortunadamente, pocas horas le han de faltar para salir de este mundo, y apenas habremos llegado á tiempo para concederle el favor que solicita con tanta ansia.

(Josefina habla aparte con el enfermero y éste despierta al doliente, que abre los ojos poco á poco y reconoce primero á Eugenia y después á su madre.)

LAPIERRE

¡Qué hermoso sueño! Llegué á figurarme que estaba aquí nada menos que mi graciosa salvadora, que mi amiga ideal, á quien debo primeramente la vida y después la conformidad para sobrellevarla.

JOSEFINA

No se equivoca, Aquiles; Eugenia es quien está pre-

sente y quien viene á dolerse de los males de usted. Incorpórese un poco y saludela, que ya que tanta fe tiene en ella, no será remoto que cualquier bisma ó bebistrajó que ella le aplique le traiga la salud que tanto necesita.

LAPIERRE

No quiero salud ni la he de obtener á ningún precio; la vida no me importa, pero sí tengo empeño en liquidar todas mis cuentas antes de dejarla.

EUGENIA

Alíviese usted, que tiempo habrá para todo eso.

LAPIERRE

¡Oh, Génie, mi salvadora, mi ángel tutelar!... ¿Es tu marido ese sujeto que acompaña á ustedes? Pues bien, señor, sepa que deseaba verle para entregar con tranquilidad el alma á Dios. Yo soy ¡quién lo diría! el que le ha granjeado á usted tantos malos ratos y le ha traído la pena más terrible que puede haber en el mundo, como es la duda. Ha hecho usted mal; ha probado que no conoce ni estima el bien que posee, cuando se ha puesto á abrigar celos de la criatura más angelical que ha nacido de vien-

tre humano; no sólo no le ha faltado á usted su esposa, sino que es incapaz de faltarle, incapaz de pensar en faltarle, incapaz siquiera de comprender la falta; no es una mujer honrada, es una santa, una santa que no sólo no comete faltas, sino que trata de esconder y paliar las de los demás. Por tapar nuestros indignos amoríos, Josefina... por no descubrir á su madre, por no dar el escándalo de que usted, señor, conociera la vida impura de la persona que ella debía amar más, pero que sólo posee su respeto, Eugenia ha echado sobre sí el sambenito de la deshonra, ha estado á punto de concluir con su matrimonio y ha provocádose males incalculables. No sabía cuáles fueran las consecuencias de su reserva; sólo sabía que estaba obligada á guardarla para ser buena hija y para cumplir con su deber. No la perdone usted, pídale perdón y encomiéndese á ella como á una bienaventurada, como á un alma de elección de las pocas que vienen á este bajo mundo. Alégrese de poseerla, y deme á mí la enhorabuena, que pude, antes de morir, hacer esta declaración que me pesaba en el alma.

(Mientras habla Lapierre las dos mujeres lloran, y cuando ha concluido de hablar, Miguel, con impulso irresistible, se abalanza á Eugenia y llorando también la estrecha en sus brazos.)

ESCENA CUARTA

JOSEFINA, EUGENIA, MIGUEL Y PEPE BRAMBILA

JOSEFINA

¿Conque ya está todo terminado? ¿Conque ya están hechas y firmadas las paces? ¡Loado sea Dios! que ya me tenía frita la sangre el verles á ustedes de monos, como si no tuvieran otra cosa pendiente que hacerse la vida pesada inventando tonterías que se la amarguen y que se la descompongan. Pues era claro; que tú no le habías faltado á tu marido; que tu marido te había juzgado con ligereza, que Lapierre había sido un santo varón y que yo, esta mujer pérfida é ingrata, con alma más negra que la tizne, fuí la autora de todo este desaguisado que pudo traer como consecuencia la ruptura del matrimonio más ideal que han visto los tiempos, desde los venturosos de Filemón y Baucis.

EUGENIA

¡Pero, mamá, por Dios, ni tienes razón ni es ese el camino! Que Miguelillo nos resultó testarudo, que se creyó de vanas apariencias y de torpes suposiciones, y que por fin cometió la villanía de dudar de mí, como tú lo supiste, ¿qué tiene eso de raro, ni qué tienes tú que ver en semejantes líos?

JOSEFINA

(Risueña.)

¡Si no lo dije por tanto, si para mí lo mismo es que vivan ustedes perpetuamente peleados ó que se acaricien y se mimen rendidamente, como un par de tórtolos! Celebro que se hayan explicado, y si la explicación ha traído por consecuencia el que se pongan de acuerdo y aumente ese rendidísimo cariño que les une desde que se conocieron, miel sobre hojuelas, y si Dios se la dió, San Pedro se la bendiga...

PEPE

Señora, por Dios, ¿que no ha de admitir usted la paz y que ha de reñir hasta con el pinto de la paloma, por saber si son rubias ó morenas todas las cosas de este mundo? Déjeles usted y hágame caso á mí, que no procuro sino su bien... y de paso el mío.

JOSEFINA

¡Miren al tontiloco, y qué bien se explica y cómo discurre y qué habilidad tiene para decir sus necedades! Déjeme tranquila, que entre manos traigo una empresa que para mí sola está guardada, y mientras no la termine á satisfacción y no arregle todos sus perfiles, y no la

deje como un cabello, no verán que yo piense en nada que se parezca á asunto amoroso.

PEPE

¡Ah, ya! Usted es la moderna Marfisa que se ha propuesto desencantar al caballero de la barba rubia que gime cautivo en una torre por culpa de las arterías de los malos, que me le tienen secuestrado y á buen recaudo. No le alabo á usted el empeño ni creo que se salga con la suya, aunque cuente con un ingenio más grande que el que posee y con una belleza todavía mayor que la que nos enajena á todas las personas de buen gusto que la contemplamos.

JOSEFINA

(Aparte á Pepe.)

Lo que había de hacer usted, grandísimo truhán, hombre descomedido y sin entrañas, era ablandar á toda esa cáfila de republicanetes absurdos y sin gracia para que se allanaran á proteger á los amigos del Emperador. ¡Qué lauro tan hermoso el que ceñiría la frente de usted si pudiéramos saber que había conseguido poner á salvo la persona de un príncipe tan ilustre como discreto, tan bien nacido como bello!...

PEPE

¡Ta, ta, ta; ahí es donde me duele! ¿conque le parece á usted guapo Su Majestad, conque es un rival mío? pues voy á moverme por cielos y tierra para conseguir que le hagan polvo! No faltaba más sino que teniendo en mi poder á un enemigo, fuera á abandonar la plaza que él pretende ocupar!

JOSEFINA

(Furiosa.)

Es usted un grandísimo tunante y no merece que nadie le hable con seriedad de esas cosas....

PEPE

¡Pero si no hay quién piense en emprender nada, ni vale la pena emprenderlo! Maximiliano y los suyos están más muertos que mi abuela, y todo cuanto usted intente no pasará de lirismos y nebulosidades que no tengo voluntad de fomentar.

JOSEFINA

Pues sépase usted que todo está tan avanzado que no se necesita sino el concurso de quien yo me sé, para que

los presos salgan á respirar aires de libertad y dejen con un palmo de narices al señor Juárez.

PEPE

Esos son buenos deseos; ese es el mentir de las estrellas; si lo sabré yo que con las yemas de estos dedos pecadores he escrito más de cuatro páginas del proceso, ayudando á Jacinto Meléndez, que es el escribano de la causa.

MIGUEL

¿Conque también ahí has metido tu cuchara, y has escrito esas cosas que dices? A nosotros no nos engañas y ni con toda tu labia lograrás convencernos de que tienes algo que ver en asunto tan secreto.

PEPE

Tan lo he hecho, que puedo darles cuenta y razón de lo que las actuaciones contienen; Maximiliano está no sólo reticente, sino negativo: que nada ha hecho, que nada sabe, que en nada ha intervenido, que no conoce á nadie... Miramón (ese es un hombre) ha confesado todo y está como quien dice deseoso de enfrentarse con la muerte. No parece sino que la tiene á su lado, como la tuvo en la

estancia de las Vacas y en Calpulálpam y piensa que puede vencerla é impedir su acometida... En cuanto á Mejía, ¡quién lo creyera! el hombre que ha manifestado tanto coraje y bravura y decisión, se encuentra en estos momentos más aplanado y más falto de ánimos que uno que no hubiera visto nunca una refriega, ni olido la pólvora siquiera en los fuegos artificiales. Ayer nada menos les notificamos una providencia á los dos generales. Miramón firmó con mano segura; don Tomás estaba tembloroso, azorado, con las sopandas más caídas que he visto en todos mis años: le temblaba la mano y tenía la mirada vaga y flotante. «¿Ve, compañero, dijo Miramón, las consecuencias de abusar del café?» «¡Pero si no tomé café... si no lo cato!», respondió el de la Sierra.

JOSEFINA

(Soñadora.)

Miramón... Miramón es un hermoso carácter: tiene usted razón; ése es un hombre... A Maximiliano le sobran simpatizadores; tiene á la princesa Salm, que por cierto se me figura más ardiente que discreta; Miguel no tiene á nadie, porque hasta su mujer le ha dejado para marcharse á San Luis... Yo no sé: pero á mí nadie me quita de la cabeza que la saltimbanca está enamorada del Emperador por lo sentimental y rambouilletesco. Pero no im-

porta; al imperial cautivo, como dice don Manuel García Aguirre, he dicho lo disparatado que me parece la tentativa de fuga, y ocasión me parece ésta que ni pintada, para hacer de las mías...

ESCENA QUINTA

JOSEFINA Y QUIROZ

JOSEFINA

He prometido mi apoyo á esta gran causa, y he de hacer punto por punto cuanto sea necesario para que triunfe de la cruz á la fecha. El Emperador está bien asistido, tiene amigos, le rodean muchos que pueden ayudarle, y nuestra intervención quizás resultará estorbosa y redundante; pero hay un hombre que merece todas nuestras simpatías por su valor, por su alteza de miras, por su talento y por su atractivo personal; ese hombre es Miguel Miramón, y á ése hay que salvar á toda costa.

QUIROZ

Mal andamos; tienes celos de la princesilla y tratas de arrebatarle sus lauros... Pero advierte que Miramón es un revoltoso, un aguafiestas, un enemigo constante de cualquier forma de gobierno en el país.

JOSEFINA

Pero, en cambio, es un carácter, es un genio como guerrero y es un hombre que en cualquier tiempo puede servir para levantar á esta tierra que tanto ha menester de fuerzas como la suya.

QUIROZ

¿Y qué querrías hacer por él?

JOSEFINA

Lo único que puede hacerse: salvarlo. Tengo previsto y arreglado todo: la casa de Rubio facilita veinte mil duros para que el hombre se retire y organice un mediano ejército; tengo caballos, gente que le conduzca lejos de aquí, y puedo contar con que si él se ve en situación de tirarle el guante á Juárez lo hará con mucho gusto y con mayor éxito.

QUIROZ

Pero yo no puedo hacer eso, yo no puedo destruir mis precedentes, mi persona, mi historia, mi vida toda, y

mediante un acto mío arrebatarle á este país que me ha dado hospitalidad, amparo y carrera, un reo que naturalmente le pertenece.

JOSEFINA

Pero ¿qué escrúpulos son esos? ¿No te resignabas á ver libre á Maximiliano, que ciertamente vale é importa más que Miramón?

QUIROZ

¿Pero si lo de Maximiliano no tiene un átomo de seriedad, si nadie cree en que pueda salvarse; si todos los que aseguran que han de contribuir á su fuga están representando una comedia con el fin de tener al corriente á Escobedo de las cosas que acontezcan!

JOSEFINA

¿Pero es una indigna traición, es una infamia, es la manera de hacerle concebir esperanzas á quien no debe abrigo!

QUIROZ

En la guerra como en la guerra, hija mía; nada más natural que Escobedo procure estar al tanto de los mane-

jos de su prisionero, y nada más natural que los republicanos traten de seguir siendo republicanos, á pesar de todos los romanticismos de unas cuantas señoras más ó menos destornilladas que se han propuesto realizar lo irrealizable.

JOSEFINA

¿Pero es una bellaquería indigna, es una infamia, lo vuelvo á repetir, es una atrocidad! ¿Jugar con la vida de un hombre, jugar con la vida de varios hombres, reirse de lo más serio y de lo más augusto que existe en el mundo, es una positiva y tremenda atrocidad! Y si tal cosa sucedía, ¿por qué te comprometiste en México á ayudarme á la salvación del Emperador?

QUIROZ

Porque me habría comprometido á coger el sol con la mano y á metérmele en el bolsillo derecho, porque me



habría comprometido á cambiar el curso de las estaciones y á bajar á los ángeles de sus asientos para ofrecérteles á ti, á quien quiero con toda mi alma.

JOSEFINA

¡Farsante, traidor, mal hombre! no mereces que se te consagre este inmenso amor que...

(Con volubilidad.)

Aunque bien vista la cosa, yo en esto ni quito ni pongo rey; he hecho cuanto ha estado en mi mano, he luchado hasta sin esperanzas, he corrido peligros y he sufrido decepciones; si nada se logra, ¡cómo ha de ser!: que el Emperador corra su suerte y nosotros correremos la que nos toca.

QUIROZ

Así me gusta verte, razonable, discreta, acompasada y sin excesos. El romanticismo te ha perdido haciéndote realizar las cosas más extravagantes y descabelladas que pueda ejecutar persona viviente: por él has creído en herencias misteriosas; por él has andado descarriada entre montes y vericuetos; por él estabas metida en este horrible sitio con riesgo inminente de que te tocara algún confitazo que diera término á tu vida.

JOSEFINA

No sé, pero siento aquí, aquí dentro, algo extraño, algo excepcional, algo que se derrumba para siempre: quizás sea la edad, la madurez que llega, el tiempo que hace su oficio, la experiencia que me obliga á saber cuánto difieren la realidad y el deseo... ¡Pobre de mí!

QUIROZ

Así me gusta verte, nena mía, así me gusta verte y no acariciando vanas y locas imaginaciones que no han de realizarse en este mundo ni en el otro. Mucha práctica, mucho positivismo y á vivir.

JOSEFINA

Sí, tienes razón, á vivir. ¡Pero era tan hermoso acariciar ilusiones, y tan interesante el vivir descabelladamente!...

ESCENA SEXTA

La escena ocurre en la casa que ocupa la princesa de Salm. Se hallan en ella los coroneles VILLANUEVA y PALACIOS, PEPE BRAMBILA, MIGUEL CABALLERO, JOSEFINA, EUGENIA, QUIROZ y muchos oficiales